

## HOSTIPITALIDAD

Hospitalidad y hostilidad, a pesar de presentarse como antónimos, se conjugan a menudo en un mismo tiempo. Derrida nos habrá recordado que en sus orígenes el prefijo *hostis* designa tanto al anfitrión como al enemigo. Quisiéramos creer en todos nuestros gestos hospitalarios, cuando acogemos en nuestra casa al amigo o al amigo del amigo que no conocemos todavía, cuando nos manifestamos en contra de las políticas migratorias europeas, cuando lloramos ante la imagen televisiva de un niño de tres años ahogado en la orilla del mar Mediterráneo. Quisiéramos recordar que también nosotros, nuestros bisabuelos y abuelos, se vieron abocados a migrar, forzados por la guerra, después por la dictadura, años después por el paro. Quisiéramos pensar que nuestros exiliados fueron bien acogidos allí donde llegaron, que no les esperaban campos concentracionarios, ni explotación ni humillación, también que la hospitalidad se refiere sólo al extranjero, que al gitano de aquí, por ejemplo, no se la debemos porque es de aquí, como tampoco se la debemos a un perro. Pero es justamente a propósito de un perro, en la rememoración de una escena de su infancia argelina, que Hélène Cixous va a complicar y socavar nuestra buena conciencia hospitalaria<sup>1</sup>. Habían esperado al cachorro como se espera un bebé largamente deseado, preparando cuidadosamente su nido. El perro, sin embargo, no se dejó nunca anidar. Saltaba, corría arriba y abajo, perseguía las ratas del jardín. Afincados en un barrio árabe, esta familia de origen judío aunque no practicante no supo intuir el estallido de violencia que el odio al colonizador pacientemente alimentado había de detonar. Las cosas ocurren así. Sabemos de las dificultades y tensiones con antelación pero el día que el terror se desata siempre nos sorprende. No damos crédito a lo que ya sabíamos que iba a suceder. Ese día el terror se ensañó con el perrito. Los jóvenes árabes del barrio empezaron a tirar piedras desde la verja del jardín. Un perro judío, pensarían. Hélène y su hermano confinan al perro en una jaula y se refugian en la casa. Como consecuencia el perro recibe la paliza más brutal de su vida, la que lo cambiará todo para él y para los demás. A partir de ese día el perro no saldrá más de la jaula para no provocar nuevas furias, si acaso justo antes de comer para asegurar su regreso. Se acaban allí las caricias y los juegos, el perro no confía ya más. Un día Hélène salta de un árbol y el perro aterrorizado arremete contra su pierna. Empieza aquí el largo proceso de la mutua evitación envenenada. Ya no se mirarán nunca más a los ojos. A partir de aquí todo será deseo de fuga, necesidad de huir de una ciudad y un país en el que el odio al colonizador, la violencia al colonizado, el antisemitismo, la humillación y la rabia, conforman el amasijo perfumado de lo cotidiano.

---

<sup>1</sup> Cixous, Hélène. *Las ensoñaciones de la mujer salvaje*. trad. castellana de Yael Langella y Arnau Pons, Ed. horas y Horas, Madrid, 2003.

Un perro recibe una paliza. Eso es todo, se dirá. Y sin embargo este relato de infancia contiene en sí toda la tragedia de la hospitalidad y la hostilidad. Decía Adorno que el fascismo empieza el día que se maltrata un animal y con ello parecía rozar la exageración. Pero lo cierto es que se quedó corto porque el fascismo empieza mucho antes, justo el día en que trazamos confines, físicos o mentales, pero sobre todo mentales, entre los unos y los otros, los nuestros y los demás, el día en que creemos en nuestra pertenencia a un nosotros. Y esto es verdad incluso cuando acogemos al otro, como cuando los hermanos Cixous preparaban la mullida cesta para ese perro veloz que no se dejaría atrapar. En este recuerdo de infancia situado en la Argelia colonial las fronteras no cesan de multiplicarse: el hombre y el animal, lo doméstico y lo salvaje, los árabes y los judíos, los franceses y los árabes, los judíos practicantes y los judíos sin más, los franceses y los judíos (practicantes o no), occidente y oriente, el colonizador civilizado y el salvaje colonizado, el hermano y la hermana, la casa y el afuera,... y en el acerado filo de cada una de estas polaridades ocurre una violación. Si las violaciones se perpetran una tras otra no es por barbarie ni maldad (el discurso humanista será aquí siempre impotente) sino porque la división categorial suponía ya una jerarquía, un dominio del primer término sobre el segundo (el del hombre sobre el animal, el del francés sobre el árabe que se vengará a su vez ejerciendo su dominio de hombre sobre el animal, el del judío que disfruta de casa y perro sobre el árabe que trabaja para él, el del francés sobre el judío-no-tan-francés a quien se acabará por retirar la nacionalidad bajo los efectos del decreto de Vichy). Es la frontera, la división entre unos que relegan los otros a la otredad, el origen de toda violencia. Los lindes no separan nunca diferencias, como se suele creer, trazan antes bien identidades ficcionales, dan a pensar que se pertenece a uno u otro grupo, que se posee una identidad, y que en función de dicha pertenencia uno puede decidir acoger o rechazar. La casa, donde habitan los míos, y su afuera, de donde los otros provienen y demandan entrar, estará siempre comprometida con este fascismo originario, del mismo modo que lo están los Estados-nación que toman de la casa su modelo fronterizo e identitario. De ahí que la hospitalidad no pueda ser pensada fuera de esta violencia, que la hospitalidad haya estado desde siempre vinculada a la hostilidad. Dejar entrar en mi casa y/o cerrar la puerta al extranjero pertenecen a la misma lógica de la identidad y la pertenencia. Que mi casa sea mía, de la que soy dueño y señor, que en ella habiten los míos (judíos, árabes, franceses, humanos,...) es lo que vinculará por siempre la hospitalidad a la exclusión y el fascismo, a menos que aprendamos a pensarla de otra manera.

Debemos a Lévinas la primera tentativa de concebir la hospitalidad más allá de esta lógica del dominio y la soberanía. Lo que pareciera un derecho fundamental, la defensa de lo mío y de los míos frente a la amenaza de lo otro, es en realidad el germen de la violencia y la palabra de adiós a

la ética. El *conatus* spinozista o hobbesiano, el derecho a perseverar en la propia existencia, debe ser comprendido como el principio ontológico que hunde a occidente en la barbarie. Cuando Lévinas hace preceder la ética a la ontología, cuando afirma que el yo, el sujeto, o el nosotros, ante la llamada del otro, es ante todo un rehén, que el supuesto anfitrión es en realidad un rehén de su huésped, no es un buenismo voluntarista e impotente lo que rige. Para comprender esta afirmación, que la hospitalidad, la ética, consiste en responder a la llamada del otro, que ante el otro la responsabilidad precede cualquier derecho a la defensa de la propia existencia, basta con tomar las aguas desde más abajo y cuestionar el principio del *conatus* que ha comandado toda nuestra ontología, nuestra moral, nuestra política, nuestro colonialismo, racismo, y nuestras incontables guerras. Antes de afirmar el derecho a la existencia, de lo mío y de los míos, habría que tomar en consideración si mi ser en el mundo no consiste ya siempre en la usurpación del lugar del otro. Eso que definiendo con tanto ahínco ante sus ataques reales o imaginarios ¿no ha arrebatado ya el lugar que otro hubiese podido ocupar pero que por razones del todo azarosas, arbitrarias, contextuales, ha sido tomado por mí en su lugar? Si yo soy la que aquí escribe, la que dispone del tiempo para hacerlo, de la educación recibida y de los medios materiales que lo permiten ¿no es siempre en el lugar de otro que no lo puede hacer y que quizás esté ahora mismo hundiéndose en una patera? Si Nora puede ahora exponer, y vosotros contemplar sus obras, charlar sobre ellas tomando tranquilamente un café, y aún si el arte es crítico y vuestras conversaciones también ¿no es a costa de un privilegio completamente arbitrario que os distancia del senegalés muerto en la cuneta, de la mujer asesinada en Ciudad Juárez, o simplemente del anciano del tercero que pasa sus días confinado en el apartamento, consumido en su soledad? ¿O es que acaso nos merecemos estar hoy aquí, yo escribiendo, Nora exponiendo, y vosotros leyendo, contemplando o tomando un café mientras otros son explotados, humillados, maltratados, violados o asesinados? ¿Acaso nosotros nos merecemos más? Que nadie se merece nada, que siempre estamos en el lugar del otro, que cada uno de nuestros privilegios tienen el precio de la explotación despiadada de los otros, es lo que permite pensar la hospitalidad incondicional como un deber inexcusable, como el trasfondo primero de toda ética. A pesar de nuestra inocencia intencional y consciente, a pesar de que no seamos nosotros quienes directamente asesinamos y matamos al otro, somos siempre cómplices de su muerte, sobrevivimos como culpables. Fue esta conciencia de culpabilidad la que desanudó la escritura de Primo Levi, la que tras su experiencia en Auschwitz, le impulsó a escribir en *Si esto es un hombre* que los mejores, los inocentes, murieron todos allí, se dejaron morir porque no hicieron lo abominable necesario para sobrevivir, robar los zapatos de un cadáver por ejemplo. Ningún superviviente de los campos de exterminio pudo considerarse inocente, algo terrible y doloroso, no

humano en su acepción clásica que deberíamos ya abandonar, tuvo que hacer para defender la propia existencia, para sobrevivir a la Shoa. Por eso Primo Levi, tras testimoniar la experiencia de los campos a la que nadie da crédito hasta que sucede, como en el apedreamiento del jardín de Hélène Cixous, se suicidó. Pensar que eso sólo ocurre en momentos extremos, que el nazismo ya pasó, que hoy en día estamos vacunados contra la barbarie, es cerrar los ojos ante la atrocidad estructural que sostiene cada una de nuestras privilegiadas existencias. Los que escribimos, hacemos obras de arte, leemos, charlamos y tomamos café deberíamos, si fuésemos consecuentes como lo fue Primo Levi, limitarnos a denunciar, testimoniar y después suicidarnos, dejar paso al otro que no es mejor ni peor que nosotros, pero a quien sin embargo habremos usurpado desde siempre el lugar.

Este principio de hospitalidad, raíz de toda ética que no se limite a una moral, permite en su radicalidad socavar todas las trampas que (nos) tramamos para abrir y cerrar las puertas de eso que seguimos llamando nuestra casa cuando en realidad no la hay sin explotación y violencia. Ningún utilitarismo banal, que aquí somos ya demasiados y no hay pan para todos, se sostiene cuando se reconoce que este pan no es nuestro, que no nos lo merecemos y que además ha sido robado. Pero tampoco nos es permitido ya desplazar un concepto caduco y secular de tolerancia, que recuerda siempre al señor que tolera las pequeñas inmundicias de su vasallo, por un concepto de hospitalidad que habrá estado desde siempre atado a la casa, al dominio y al derecho del anfitrión sobre el huésped, y por lo tanto a la hostilidad. Es todavía de esta hospitalidad de la que nos habla Cixous cuando quería ser buena con su perro pero no lo fue suficientemente, cuando a pesar de prepararle la canastilla con tanto amor lo abandonó en el momento de la paliza, cuando no pudo mirar ya más a los ojos de ese perro que gracias a su hospitalidad se volvió malo y la mordió. Nos volvemos malos, robamos zapatos a los cadáveres, apedreamos al judío colonizador o dejamos morir al inmigrante, cuando la hospitalidad no es comprendida desde la vergüenza de ser hombre, de ser un inmerecido superviviente de esta crueldad y desigualdad estructural.

Es por ello que Derrida sueña con una hospitalidad incondicional que debiera comandar como una exigencia insoslayable todas las leyes de inmigración que condicionan la acogida del extranjero en nuestros hostiles, por hospitalarios, Estados-nación. Un concepto riguroso de hospitalidad exigiría desear la llegada del otro en tanto otro, en su irreductible alteridad. Desde el momento en que recibimos al inmigrante bajo condición, de hablar nuestra lengua, de trabajar para nosotros, de comportarse según nuestras normas, no es al otro a quien cobijamos sino a lo que de él puede acabar por parecerse a nosotros, a lo que tenemos en común. Acogemos al extranjero a condición de que acepte convertirse en otro, a eso le llamamos integración, pero es en realidad violencia,

comando y reducción del otro a la propia identidad. Las cosas no cambian demasiado cuando apelamos al multiculturalismo para reconocer la pertenencia de los otros a identidades colectivas que se les permite salvaguardar a condición que lo hagan en sus barrios, sus mezquitas, sus casas, porque tampoco los otros deberían someterse a su propia identidad colectiva, a su nosotros que garantiza la pertenencia y acoge a su vez siempre bajo condición, es decir, con hospitalidad hostil. Pensemos por ejemplo en las mujeres musulmanas o gitanas divididas entre las normas de una sociedad pretendidamente laica y emancipada y su propia comunidad que las reduce a la subalternidad. En ninguna de estas comunidades la mujer en singular tiene lugar, su otredad estará siempre reducida a las normas de la hostipitalidad del orden que dice protegerla. Un concepto de hospitalidad pensado hasta el final debería hacer estallar toda identidad ficcional. La identidad no se puede presuponer ni en el que recibe ni en el que llega. Las casas son todas robadas. El otro no es musulmán, ni judío, ni animal, el otro es pura alteridad, “secreto porque es otro”, dice Derrida, y para nombrarlo bastará entonces con llamarlo el arribante. Es una exigencia aquí y ahora, una necesidad insoslayable, acoger al arribante, decir sí a la llegada que altera, que va a hacer que nosotros ya no seamos nosotros nunca más, y sobre todo porque nunca lo fuimos. Nunca hubo un nosotros, nunca hubieron casas que no estuvieran levantadas sobre los cadáveres de los demás, nunca hubo pan que no fuera hurtado. Nunca nos merecimos nada que ahora tuviéramos que salvaguardar. El arribante nos recuerda nuestra propia alteridad, llega para alterar nuestra creencia en el derecho del anfitrión, el que se arroga el derecho de custodiar las casas y las fronteras. Nuestras leyes de inmigración dan vergüenza cuando se erigen en nombre de la hospitalidad. Finalmente el fascismo declarado dice lo que es, que no importa maltratar un animal, un judío, un musulmán, o un español dado el caso, que las casas son de cada cual y que no hay pan para todos, que de hospitalidad ni hablar. Un pensamiento obtuso, simplificador y limitado se extiende por doquier. Sirve para recordarnos que nuestra buena conciencia hospitalaria no ha sido mucho mejor, que la hostilidad reinaba allí donde trazamos las fronteras entre los unos y los otros, acogimos bajo condición, separamos en suburbios, preparamos canastillas para perros veloces a los que después dejamos apalear. Pensamiento curioso que nuestra proclamada hospitalidad nunca exenta de hostilidad se parezca tanto al fascismo ante el que ahora nos escandalizamos. Lo hemos preparado nosotros, nunca los hemos dejado de amamantar. Nos faltó sentir la vergüenza de ser hombres, abusivos supervivientes, esa que llevó a Primo Levi a la escritura y al suicidio. Nos faltó comprender que la hospitalidad o era incondicional o sería, sigue siendo allí donde todavía se escandaliza frente al fascismo rampante, pura hostilidad. Un día no muy lejano el terror se desatará

y nos volverá a sorprender, como siempre antes. Y de nuevo no daremos crédito a lo que sabíamos iba a ocurrir.

Laura Llevadot